

Manolo Delgado Venegas

LA SOCIEDAD DE LOS
LIMEÑOS MUERTOS



ParaguasBooks

I

*Durante muchos años la piedra miró a la flor desde lejos,
tanto más la miraba, más envidiaba sus colores y formas.
La piedra se llenó de rabia y un día empezó a llorar,
lloró por tanto tiempo que comenzó a rajarse.
En esa pequeña gruta, producto de la envidia,
el agua se fue acumulando hasta formar una fuente de vida.
De ella nació la flor que hoy es la sonrisa de la piedra.*

Levanto la cabeza y lo único que distingo detrás de este mareo pesado, pasmoso, es la mancha de sangre en el parabrisas. Desde su centro se extiende la rajadura del vidrio, parece el fantasma de una telaraña. Sus brazos se estiran tratando de abarcarlo todo; fracasan, esta vez la mariposa quedará libre, el arácnido pierde una comida. Algo me gotea de la cara lentamente, como dudando si saltar al vacío o no. Paso la mano por mi barbilla, la siento caliente y húmeda. Más sangre, carajo. El tiempo parece estirarse para prolongar mi agonía; su caminar es lento, aletargado, víctima de la modorra. Un dolor punzante viene de mi frente, seguramente fue ella la que rajó el parabrisas. La neblina se mezcla con el humo que sale del motor; se respira frío, aceite, metal, miedo. Cuadro por cuadro, como en una mala película muda, mi cabeza gira a la derecha: *ella* está ahí. *Ella* es la razón por la que estamos aquí, y yo ya quería olvidarla. Pero su recuerdo está para siempre tatuado con fuego en el fondo de mi cabeza y dibujado en la caverna de mi corazón como una pintura rupestre, antediluviana, anacrónica. Su cabeza descansa contra la ventana, aún inmóvil tiene gracia y fineza. Aquellos preciosos ojos granadilla se esconden entrelazados por sus largas pestañas en un abrazo de rayos nocturnos. La ladera del acantilado miraflo-rino no es un fondo adecuado para tanta hermosura. ¿Dios, qué paso? Qué noche maldita. Pensar duele más que las heridas que llevo por dentro y por fuera. La observo, la absorbo en mí deleitándome con su imagen: un azul pálido cubre sus párpados y un leve ocre resalta sus pómulos, destellos de cabello claro flo-

tan sobre su munífica piel, acariciando la base de su aterciopelado mentón; después de todo lo que pasó, aún me resulta hermosa. El rojo de su boca reta esa línea bermeja que se desliza sinuosa por su lívido cuello, apenas deteniéndose en la cadena que le regalé para que colgara el medio corazón con la inicial de mi nombre: J. Por Dios, ¿qué pasa? El mareo vuelve, esta vez trae refuerzos. De pronto, sólo puedo verle el cuello y ese umbroso río que mancha el coqueto top blanco que tanto le gusta, lo inunda poco a poco saturando cada fibra de algodón con su sangre. ¡No, no!, grito silencioso por entre mis maltrechas costillas. Alejo la mirada en busca de alguien más, pero sé perfectamente que no hay nadie; todos los infelices ríen gozando con lo que ha pasado, regodeándose en su maldad como glotones cerdos en lodazal. Alguien que me despierte, con una cachetada o un balazo, no importa, pero que alguien me arranque de esta pesadilla infame, este momento eterno y lacerante. Un perro camina a la distancia, no puedo más que envidiarlo, jamás conocerá el dolor que sólo los humanos podemos experimentar.

¿Qué nos llevó a esto? ¿Dónde perdí el camino? ¿Fue tu culpa o fueron todos los demás? ¿Ellos nos mataron? Nadie puede responder y menos el viento con su irritante ulular. El mareo se agudiza, siento una incipiente desesperación producto del pánico. Tranquilo, tranquilo. ¿Cómo estarlo? ¡Mierda! Tal vez si voy al principio encuentre respuestas, tal vez en el pasado estén las razones. Imágenes vuelven de entre la bruma de mi memoria mientras mis párpados caen lánguidos escondiendo mis marchitos ojos para siempre.

II

No creo que alguien pueda acostumbrarse a eso. Aquellas constantes llamadas para amenazar a papá de muerte, no creo que alguien pueda llegar a pasarlas por alto, yo menos a los once años. Me parece increíble cómo papá está tan tranquilo. Acaban de llamar y lo único que ha hecho es colgar sin siquiera molestarse, sin que siquiera su mandíbula se tense. Hemos cambiado innumerables veces de teléfono, y varias de domicilio, pero siempre se las arreglan para ubicarlo. Si bien es cierto que aún siento miedo cuando llaman o cuando veo la explosión de un coche bomba o el derrumbamiento de una torre eléctrica en la tele, definitivamente siento que estamos mejor que en Ayacucho.

A papá lo destacaron en el 84, un par de años después de que todo empezó. Yo no me acuerdo bien de cuando dejamos la base en Arequipa para ir al centro, al centro del conflicto, al centro del miedo. “La zona de emergencia”, le escuché decir a papá mientras conversaba con un subalterno. Adiós, mi coronel, dijo éste y, después de cuadrarse, le repitió que se cuidara mucho, que la cosa se estaba poniendo fea con esos locos de mierda; así le dijo. Yo no recuerdo bien la mudanza porque sólo tenía siete años, pero recuerdo que Ayacucho me dio mala espina desde el comienzo. Claro, no dije nada. Los hijos de militares tenemos que mantener el equilibrio, no podemos mostrar miedo frente al enemigo, y ahí vivía el enemigo. Sin embargo, las primeras personas que vi no me parecieron enemigas. Esas señoras, que me saludaron al entrar a la ciudad, cargaban a sus hijos, sus huahuas les decían, envueltos a la espalda en unas telas muy lindas y coloridas. Había visto algunas en Arequipa, pero la mayor parte del tiempo la pasaba jugando fútbol con mi hermano menor dentro de la base. No salíamos mucho. Mamá tampoco. Le gustaba esperar a papá con un rico arroz con pollo, un rocoto relleno o una causa limeña. Le gustaba engrerir a papá, sabía que trabajaba muy duro: un soldado ejemplar, un oficial dedicado, un patriota como pocos. Antes de dormir, nos decía que rezáramos mucho por papá. Él está defendiendo al Perú, José, y eso te debe llenar de orgullo, nunca lo olvides, decía. Albertito se quedaba dormido, así que la mañana siguiente, en el desayuno de leche, tostadas y recién exprimido jugo de naranja, yo le repetía lo que mamá había dicho. Él sólo se reía, no entendía nada, era muy chiquito. Yo sí cre-

ía entenderlo todo: gente mala vivía en Ayacucho y papá había venido a acabarlos. Tan simple como eso.

Estuvimos dos años en Ayacucho. Cada vez iba peor el asunto. No paraban de llegar informes de asesinatos, no sólo a militares, alcaldes y otras autoridades, también a campesinos. Nadie quiere hablar, dicen que no saben nada, mi coronel. El cabo sudaba cuando papá le hacía todo tipo de preguntas. Eran comunes esas despertadas a medianoche. Las órdenes de papá eran claras: cualquier novedad me avisan a la hora que sea, ¿entendido? Cada vez que tocaban el timbre yo me despertaba y, rampeando como buen comando, me acercaba al despacho a escuchar lo que dentro conversaban. Era un juego emocionante para mí llegar hasta allá, pero pronto, por el tono de voz y la tensión en las palabras, sabía que nada era broma en Ayacucho cuando se trataba de Sendero Luminoso, así que rápidamente extrañaba la tibia seguridad de mi cama. Quería volver a mi cuarto, pero algo me retenía ahí, quería saber más, comprender por qué papá gritaba cada vez con mayor frecuencia y comía con nosotros cada vez menos. Todo un convoy, mi coronel, decía el cabo con voz entrecortada, los emboscaron en las afueras de Ambopampa. Los hicieron mierda, mi coronel, estaban degollados, carajo, sangre por todos lados, nunca vi una cosa así; había un papel que decía “así mueren los perros traidores de la revolución”, estaba en la boca de Reynoso. ¿Qué vamos a hacer, mi coronel? Acá somos muy pocos, ¿qué vamos a hacer? Ya cálese, carajo, Flores, no pierda la calma o le meto un sopapo. No podemos perder los papeles. Si esos terrucos conchesumadres creen que van a asustarnos en nuestra propia tierra, están bien cojudos. Ya mismo me despierta a la cuadra entera, le dice al capitán Gonzalez que los quiero barriendo esa zona en dos horas, ¿me escuchó? ¡Dos horas! Me los agarran a todos, ¡a todos, carajo! Ya estoy harto que nadie sepa nada. Estos cholos de mierda saben, saben bien, pero se hacen los cojudos. Quiero respuestas, Flores, alguien allá sabe algo y esta vez van a hablar. Mano dura, hombre, mano dura de una vez por todas.

-Mi Coronel –la voz temblorosa, las palabras que no querían llegar desde la contrita garganta –, Gonzalez estaba en el convoy y... y... a veinte metros lo encontramos, metido en una zanja, estaba, no tenía...

-Suéltelo de una vez, Flores. ¡El tiempo también es enemigo, canejo!

-No tenía manos, señor, y lo habían capado.

¡Putá madre! Escuché un golpe seco como un martillazo. Que vaya Piérola entonces, y se llevan equipo como para una semana. Esa vaina va tomar tiempo. Sí, mi coronel.

Quise salir rápido, que nadie me viera, pero la puerta se abrió y yo estaba ahí, echado en el suelo con la mirada helada, quise cambiar de color como el camaleón y desaparecer contra la madera. El soldado me miró por un segundo, no sé cuál de los dos estaba más asustado. Luego salió caminando rápido, sus botas marciales maltratando el piso, arrancándole quejidos de dolor.

-¿José? José, ¿estás ahí? –llamó papá. Estaba sentado frente al escritorio. Una ruma de papeles, la vieja máquina de escribir, una réplica del Huáscar, la blanquiroja peruana y otras cosas, sin importancia para mí, abarrotaban el poco espacio de la mesa. Detrás, colgada en la pared con un clavo oxidado, ha-

bía una foto que nos tomamos al pie del volcán Misti hace unos años. Nos divertimos mucho aquel día buscando formas entre las nubes y la piedras del lugar.

-Sí, señor –contesté.

-¿Qué haces despierto a esta hora?

-Ya me voy a dormir. No quería molestar...

-Espera, espera. Entra, hablemos un segundo –caminé despacio. Nunca entraba al despacho de papá, así que algo me decía que esto era importante-. ¿Entiendes qué es lo que hacemos acá? ¿Entiendes por qué es importante que vivamos acá? ¿Sabes qué es lo que está pasando en tu país?

La respuesta salió de mi boca como catapultada por un sentimiento patriótico que ni yo comprendía muy bien: ¡Para defender al Perú de los malos, mi coronel!

Papá rió divertido, habían pasado meses desde que veía todos esos dientes tan blancos y ordenados. Eso es, José, para defender al Perú. Nunca olvides quiénes son los malos y quiénes son los buenos. Enorgullécete de ser peruano y del Ejército Nacional.

Ahora me cuesta trabajo colocar esa sonrisa en su cara mientras papá cuelga el teléfono sin decir nada, sin inmutarse. Un año en Lima y el miedo, si bien ha disminuido, aún es una sombra bailando sobre nuestras cabezas; esas malditas amenazas, esas llamadas lo avivan justo cuando empieza a desaparecer. Papá toma el periódico de la cocina mientras con la otra mano roza la mejilla de mamá. Tú no te preocupes, negrita, no pasa nada, dice. Pero mamá se preocupa, siempre se preocupó. Desde que lo aceptaron en la academia se venía preocupando, así era, y nada la cambiaría. ¿Qué dijeron esta vez?, pregunta inquieta con la mirada en la olla donde se mezclan cebollas, ajos y culantro. Lo de siempre, pero tú no hagas caso. Son unos maricones. Jamás se atreverían a hacer algo. Yo tengo mis dudas. Sendero ha ganado terreno y ya ha cometido sus primeras acciones en Lima. A papá se la tienen jurada, la idea me aterra pero es verdad. Fue el primer coronel en tener algunos éxitos en Ayacucho y ellos jamás se lo perdonarían. Espanto esas ideas, que siempre me atormentan tras una amenaza, tratando de pensar en otra cosa. Más tarde hay clásico. Universitario y los negros de Alianza Lima se ven la cara en Matute. Papá y yo tenemos entradas. Albertito es muy chico todavía, aunque él se queje. Quiero ver jugar al Chemo Del Solar. Ha vuelto a la "U" luego de su paso exitoso por San Agustín y éste es su primer clásico. Yo soy zurdo como él y por eso me encanta cómo juega. Papá camina lento y se deja caer sobre el crujiente sillón que relincha como un jamelgo cansado. Se esconde tras el periódico dándole un corto sacudón.

-En media hora hay que salir, papá –le digo tratando de contagiarlo con mi entusiasmo. Un ajá es todo lo que le arranco.

Pronto la casa está invadida por el olor del culantro que adereza el delicioso seco de cabrito que prepara mamá para cuando regresemos del estadio. El partido es en La Victoria, así que tomando la 47 nos demorará unos veinte minutos llegar. Es mejor dejar el Datsun en casa, esa zona es de temer o te rompen una ventana o te levantan una llanta, pero siempre pasa algo, peor aún si

los negros, como va a pasar, pierden. Calculo que llegaremos para el segundo tiempo del preliminar entre Huaral y Melgar. Tengo buenos recuerdos de Melgar, cuando vivíamos en Arequipa fuimos varias veces al estadio, me gustaba su uniforme rojo y negro y que siempre le ponían garra. Claro que mi pasión es la "U", la crema.

Vamos, papá. Ya es hora, digo. Tengo mi vincha "dale U" en el bolsillo y el corazón alborozado; estoy listo. ¿Ya? ¿Estás seguro?, dice sin sacar la mirada del periódico. Sí, papá, en hora y media empieza el partido. Bueno, bueno, déjame recoger mis llaves y nos vamos volando. Se acerca a la mesa y recoge no sólo las llaves y su billetera, sino también esa .38 que se acomoda entre espalda y pantalón tapándola luego con la casaca beige. Hace años me gustaban las pistolas, las metralletas, los rifles; todas esas cosas que veía en las bases donde vivíamos. Eran misteriosas, fuertes, recias como los militares. Me resultaban brillantes, poderosas. Cuando los vaqueros las usaban en las películas se veían tan bien. Gracias a las pistolas ellos eran héroes y siempre resultaban ilesos y besados por la chica. Supongo que todo empezó a cambiar para mí cuando las escenas de muertos se hicieron habituales, especialmente en Ayacucho. Los cuerpos magullados en posiciones extrañas e imposibles, embarrados por un lodo rojo oscuro, con los ojos abiertos mirando a la nada y las bocas rígidas, colocados en grupos, filas o solos, eran algo difícil de ver. Todo eso había hecho que las armas me provocaran un miedo real, casi una aversión. Al fin comprendía de lo que eran capaces. Por eso me paraliza un poco al ver cómo papá se calza aquel metal capaz de arrancarle la vida a alguien en una milésima de segundo. Bueno, ¿y? ¿qué pasa?, nos vamos o qué, ¿por qué estás con esa cara? Sí, sí, respondo. Chau, mamá. Chau, chicos, cuídense y no coman esas porquerías del estadio que les espera un banquete. Los dos a la vez decimos sí, mamá; sí, negrita.

* * *

-Javi está lindo, ¿no, Paolita?

-Ay, mami, no sé —él me mira desde el muelle. Sí, está lindo, pero no se lo voy a decir a mamá. Ya la veo comentando con la tía Patty: que Paola dice que Javier es lindo, que se ven tan bellos juntos, a ver un besito, chicos. Qué maravilla son los hijos, ¿no?, Patty. Ni pensarlo. Él no me quita los ojos de encima, siento un calor subiéndome a la cara. Está parado junto a la empleada de su casa, ella arrastra un *cooler* grande, verde y con rueditas. Dentro debe de haber piqueos y tragos para los grandes y gaseosas para nosotros. Parado así, Javi me recuerda un poco a Anthony, ese chico del dibujo Candy; Anthony me encantaba. No deja de mirarme y el asunto se pone un poco molesto. Me alejo de mamá y me voy a sentar en la parte trasera de la lancha, pongo mi gran toalla floreada para no mojarme y me siento despreocupada mirando el mar. La lancha se acerca al muelle muy despacio, rebota un par de veces contra las llantas que lo rodean y Fernando, el marinero, se baja a atar el cabo. Recibe el *cooler* y se lo entrega con cuidado a mamá y a la tía Patty. Casi se les cae y ríen divertidas de su propia torpeza.

-Hija, cuidado que chorreas el vodka, jajaja.

Javier salta a la parte delantera y luego cruza hasta el asiento del piloto. La tía Patty le dice: -¿Hijo, quieres manejar la lancha?

-Hola, Paola -me saluda. La brisa le remueve el pelo rubio, el sol hace chispear cada dorado mechón.

-Hola -digo con desgano.

-Contéstale a tu madre, Javi, ¿quieres manejar la lancha? Ya estás grande y debes aprender.

-Sí sé, tía. Martín Ramos me presta la suya a cada rato.

-Fernando, Fernando -dice mamá con una voz aflautada mientras se arregla los gigantes lentes de sol-, deja que Javi va a manejar un rato la lancha. Tú vigílalo nomás.

-Sí, señora -responde sin mueca alguna, su cara es una lámina de papel carbón arrugado.

Mamá y mi tía Patty son amigas inseparables. Compañeras del colegio Villa María, compañeras del club, de la playa, de los lonches y las fiestas. Se parecen tanto. Supongo que para muchas personas será incluso difícil distinguirlas. Ambas llevan sombreros de paja, usan mucho maquillaje, lentes de sol, paños y joyas; fuman cigarrillos como chimeneas y les gusta el vodka, preferiblemente con jugo de tomate, pero si no hay, pues qué importa. Los jueves por la noche juegan canasta con otras villamarienses y los martes por la mañana hacen obra social en un hospital en Lince. El resto de la semana son señoras de la alta clase en Lima, una responsabilidad de mucho estrés que no hay que desmerecer; ésas son mamá y la tía Patty. Se acomodan en la lancha una frente a la otra y mezclan el vodka con *Bloody Mary mixer* que sirven de un termo metálico; el sol se refleja en él y me lastima la mirada.

-Unos hielitos y... ¿tabasco, Chivi?

-No gracias, Patty, nada que pique, hija.

-Paola, ¿por qué no vas adelante y acompaña un rato a Javier? -cómo le gusta a mamá empatarme con él. A mí los chicos no me interesan todavía, ya se lo he dicho varias veces y siempre me contesta que algún día me importarán, y me importarán mucho, así que sería bueno que fuera conociendo a Javi, ya que él es el chico ideal para mí. No tengo ganas de discutir, así que levanto mi toalla y camino hasta sentarme junto a Javier que forcejea con el timón de la lancha. Fernando está detrás de él ayudándolo a acelerar cuando lo necesita y a virar si le falta fuerza. Está muy pendiente de lo que hace, si le pasa algo a la lancha, papá lo va a regañar o algo peor. No me gusta ver cómo papá regaña a la gente, pero la verdad es que pasa muy seguido. A cada rato le grita cholo de mierda a Marcial el chofer y, qué animal eres al mayordomo Facundo; pobres. Me siento fatal cuando les cambia la cara por los gritos. Si la pasta no está al dente como a él le gusta, que se agarre Gumerinda. Tal vez no la insulte así tan feo como a los otros, pero sí se encarga de hacerla sentir mal. En las noches yo pedía que papá cambiara y que jamás dijera esas cosas de nuevo, pero a la mañana siguiente se escuchaban alaridos desde su despacho; todas esos ares y ajos.

Salimos de la bahía de Santa María y nos enrumbamos a Naplo, la playa vecina. Seguro mamá ha quedado en encontrarse con algunas amigas suyas,

así podrán conversar de lancha a lancha o pasarse al yate de Vania Marchand, una señora de lo más antipática y petulante casada con un viejo horrible.

-A la derecha, joven, cuidado con ese esquiador –dice Fernando ayudando a Javi con el timón. Él no aprecia la ayuda, trata de impresionarme, eso está claro.

-¿Qué tal estuvo tu santo, Paola? Fue el martes, ¿no? –pregunta Javi hinchando el pecho.

-Ajá, cuatro de enero. No te olvides nunca –mi respuesta lo sorprende, no se esperaba esa muestra de coquetería de una niña–, quiero que todos los años me regales algo muy bonito, ¿okey?

-Bueno –tartamudea. Es lindo de verdad–, e... e... este año te compré algo, pero... pero... –quiero gritarle, ¿pero qué?–, me daba un poco de vergüenza. No sé por qué, nos conocemos de siempre, ¿no, Paola? –es verdad, desde que tengo memoria lo conozco.

-Por eso es una zonzera que te dé vergüenza –digo–, no entiendo qué te puede dar vergüenza conmigo –seguro es porque te gusto, pienso. Me quieres caer para que sea tu novia por el verano, pucha qué roche.

-Es que el regalo, pues... pues... –pues qué caracho, este niño es más indeciso que el sube y baja de la casa de mis abuelos–. Nada, mejor hablamos en la noche cuando regresemos a la playa, en la fiesta del club. Ahí lo ves tú misma –bueno, fin del asunto, pero no del misterio. ¿Me querrá caer? ¿Querrá que sea su novia? Seguro le ha dicho a Martín Ramos que le haga el bajo, ¿habrá hablado Martín con Pía para saber si yo aceptaría? Púchica, qué curiosidad.

El mar se abre frente a nosotros, enorme, azul, como una gran ballena. Las lanchas y los yates navegan tranquilos mientras todos disfrutan el inicio de un verano que parece prometedor. Me encanta ver a los esquiadores que hacen piruetas observados por las gaviotas.

-Mamá –digo–, me voy a acostar en el frente, ¿ya?

-Con cuidado, hijita –se le chorrea un poco de vodka.

-¡Cuidado, Chivi! No me botes el trago –ríe tía Patty–. Javier, baja la velocidad para que Paolita se pueda subir.

Fernando trata de ayudarme, pero Javier se le adelanta. Su mano es suave y grande para un chico de su edad, pienso. Aprieta la mía con ternura y a la vez firmeza.

-Despacio, Paola, no te vayas a caer –dice mirándome a los ojos con una expresión extraña, como de película mexicana en el canal dos los domingos por la tarde. Una de esas que le encanta ver a Gumercinda, hasta llora la pobre con *el* Pedro Infante y *la* María Félix. Podría decirse que me ha mirado con amor, no lo sé, nunca lo he sentido, pero así me parece. Me arrodillo en la colchoneta azul que cubre la proa. No me suelta la mano hasta que está seguro de que estoy bien acomodada y que una ola no me va a lanzar fuera de borda.

-Gracias –digo y mi voz suena distinta. Me acuesto a tomar sol, pero ya sé que, sin la necesidad de los rayos, mi cara está hecha un tomate.

..*

Cuando salimos a la calle nos encontramos con un grupo de barristas de Alianza Lima, son cuatro. Mira, papá, cagones, le digo. Él se ríe, ¿quieres que les meta un balazo, José? Mi cara le hace saber que su chiste no me da nada de risa. Bueno, bueno, no te molestes. Caminamos al paradero que queda a tres cuadras, después tomar la 47 y al estadio a ver a Chemo y la goleada de la "U". Estoy muy contento, son estos domingos los que me ponen de buen humor. Un buen partido de fútbol, de regreso un rico seco de cabrito y una película de vaqueros; todo acompañado por papá. Quiero verlo reírse, que esté contento. Tiene mucha tensión con los problemas de Sendero.

Al regresar a Lima, sabía que papá estaba haciendo algo diferente para el ejército. Para empezar, vestía de civil y no vivíamos en una base militar. Era la primera vez que veía a papá por las mañanas dudando al escoger ropa, normalmente sólo se ponía el uniforme que mamá tendía sobre la cama. Ella había tenido que comprarle unas camisas, pantalones, medias y zapatos. Antes sólo usaba esa ropa "normal" los domingos, y sólo algunos domingos, domingos especiales les decía yo. Una vez le pregunté a papá, en un arrebato de temeridad, en qué estaba trabajando ahora. Me refiero en el ejército, papá, todavía estás en el ejército, ¿no? Sí, hijo, pero esta vez es secreto. No te puedo decir nada, ni a ti ni a mamá, ¿entiendes? Sólo tienes que saber que estoy haciendo lo mejor para ustedes y para el Perú. Está bien, claudiqué, sabía que no era bueno andar averiguando mucho. Lo que me parecía extraño era que si era tan secreto cómo es que siempre *ellos* se conseguían el teléfono de la casa. La respuesta la obtuve al escuchar una conversación de papá con su superior, el general Sánchez-Concha.

-Pero, mi general -decía-, tiene que haber filtraciones de información, un soplón. Ésta es la cuarta vez que me cambian el teléfono y a los pocos días empiezan las amenazas de nuevo -hubo una pausa en la que podía escuchar los pasos alterados de papá por toda la habitación-. No me preocupo por mí, pero mi familia está fastidiada, mi mujer está cada día más nerviosa. Cuando ella contesta le dan todo mi itinerario: que a qué hora salgo, adónde voy, a qué hora regreso, con quién estoy; todo. Esto la está poniendo realmente mal, mi general -el caminar era cada vez más acelerado-, y a mis hijos también. A mi hijo mayor José, se lo ve nervioso cada vez que timbra el teléfono, se le va a crear una fobia. Ésa no es forma de vivir, tiene que hacer algo. Yo me estoy rompiendo el culo por la misión, pero si hay una rata dentro esto no va a funcionar, además de ponerme en tremendo riesgo, carajo... Disculpe, mi general, sí, sí, ya estoy más tranquilo -esta vez la pausa fue larga y el silencio me decía que papá se había sentado-. Bueno, si usted me da su palabra, mi general, me quedo más tranquilo. Cómo podría desconfiar, usted siempre ha sido un caballero conmigo, incluso, si me permite, un buen amigo. Está bien, estamos en contacto cuando tenga novedades de las células en Lima. Adiós, mi general.

Los hinchas de Alianza caminan gritando vivas al otro lado de la calle. Seguramente van a tomar el mismo micro que nosotros para ir al estadio. Llevan bandanas moradas en la cabeza, polos rotos, un tambor e incluso lo que parece ser una gallina muerta. Deben de ser cagones de la barra sur, pienso. Nos detenemos en la intersección de Mariscal Orbegoso y Costa Rica. Papá me toma la mano para cruzar. Es grande y la mía se pierde infante en la seguridad de esa

mano firme y curtida. Levanto la cabeza para verle la cara. Tiene el pelo algo revuelto, ahora lo usa así, atrás quedó el corte militar. Incluso le veo los inicios de una rala barba en el fuerte mentón. Su camisa es gris y se pierde con el fondo feo y ceniciento del cielo limeño. Eso sí extraño de la sierra, la belleza de esos cielos que hacen que uno se sienta chiquitito, minúsculo comparado con tanta belleza. Baja la cabeza y me mira, sonrío y me aprieta un poco más la mano. Le devuelvo la sonrisa y me siento muy cercano a él. Sé que no conversamos mucho, que la vida ha sido dura con tantos viajes, tantos sacrificios y la guerra antiterrorista; todo ha marcado su personalidad, endureciéndola cada vez más con los años. Pero en instantes como éste, puedo ver la mirada que recuerdo cuando hace unos años jugábamos fútbol en el patio de la casa, siempre entre las buganvillas y las margaritas de mamá. Albertito miraba desde lejos, tan chiquito que era. Aprende a patear con los dos pies, decía papá siempre, un verdadero jugador sabe usar las dos piernas. Yo trataba, pero usaba mucho mejor la zurda, así que casi no pateaba con la derecha. Nos divertíamos pasándonos la pelota y luego practicábamos tiros libres contra un arco imaginario. Muchas veces se dejaba ganar, pero otras me exigía al máximo. Para ser el mejor hay que trabajar, José, siempre trabajar. En la vida nadie te regala nada y el ocioso termina trabajando doble, no lo olvides. Yo decía sí, papá, y pateaba con todas mis fuerzas un cañonazo de zurda que lo dejaba paradito mirando la mancha de la pelota en la pared blanca. Definíamos ganador con una tanda de penales que era a muerte, el todo por el todo. El perdedor tenía que prepararle un jugo de naranja fresco al otro. Recién exprimido, José, así como me gusta, sin pepas y sin pulpa, decía tomando carrera. Yo me cuadraba, entre una silla y el principio de la enredadera, agazapado, listo para atajar el último penal. Si lo tapaba, vencía. Él siempre me ganaba a los penales pero esa vez no, estaba decidido. Tres pasos de carrera y pateó a mi derecha; adiviné la dirección y ya volaba veloz hacia ese palo. La pelota se acercaba girando en su eje como un planeta amarillo y rojo. La marca Viniboll desaparecía por el chanfle que papá le había puesto. Me estiré, me estiré lo más que pude y sentí cómo mis dedos, qué dedos, mis uñas rechazaban el remate. La pelota salió disparada, rebotó contra la pared y fue a dar en la terraza rompiendo un jarrón bastante feo que a mamá, nunca supimos porqué, le gustaba mucho. Caí y me golpeé la cabeza, no me importó. Había ganado y ya estaba pensando en mi jugo de naranja recién exprimido y en la sonrisa de orgullo que seguro papá tenía en la cara. Me levanté y lo miré parado frente a mí. A él tampoco le importó el jarrón. Bien, José, te esforzaste y ahí está tu premio. En su cara brillaba aquella sonrisa entregada, acogedora. Vamos, te voy a preparar el jugo antes de que venga mamá y te castigue por el jarrón, rió y yo reí con él.

Ésa es la sonrisa que veo ahora. Es curioso cómo a veces una expresión es capaz de evocar sentimientos tan fuertes como el amor a un padre. Los recuerdos son una cosa genial, pienso. ¿Te acuerdas papá esa vez cuando jugábamos a los penales y te tapé uno que rompió un jarrón? ¿Te acuerdas cómo se molestó mamá y...

Me toma por el cuello y me lanza a un costado mientras escucho las detonaciones. Alguien empieza a gritar junto a mí, caigo al suelo aparatosamen-

te. ¿Qué pasa?, otra detonación. ¿Qué pasa?, me pregunto asustado. La gente corre para protegerse, escucho una ráfaga de metralla como los fuegos artificiales de veintiocho de julio. Giro la cabeza, papá me da la espalda, se lleva la mano al cinto. Veo cómo saca la .38, pero antes de dispararla cae al piso salpicándolo con gotas rojas. Alcanza a elevar la pistola y dispara a la nada, me estremezco con el petardo. Una corriente eléctrica me recorre el cuerpo estallando en mi corazón. ¿Qué pasa? Veo a los barristas de Alianza cruzando la calle. Dos tienen pistolas y los otros dos, metralletas. Están disparando a lo loco, las balas pasan zumbando junto a mí. Algunas se estrellan en la acera desportillándola, un pedazo de cemento me araña el cachete quemándolo, otras rebotan contra el kiosquito de la esquina. La gente ha desaparecido, todos se han escondido. Las cosas pasan tan rápido que me quedo de rodillas viendo las imágenes encadenarse frente a mí; nada me parece real. Esos hombres siguen disparando. La camisa de papá explota en pequeñas detonaciones negras y sangre salpica por todos lados. Ya están a sólo unos metros, pero siguen disparando destrozando su cuerpo. La sangre empieza a chorrear del filo de la acera a la pista. Él está inmóvil, pero ellos siguen disparando una y otra vez. Los casquillos vuelan por el aire y rebotan en el piso dando metálicos saltos. Ya no cantan vivas Aliancistas, están callados y miran a papá mientras lo abalean con tal desprecio que me horrorizo hasta el tuétano. Me quedo viéndolos, no pienso en nada mientras sus caras se deforman con cada nuevo balazo. Deben de haber sido segundos, pero para mí no hay forma de medir el tiempo. Uno se acerca, coloca la pistola contra la nuca de papá y jala del gatillo. Como si se reventara un globo lleno de tinta roja, la sangre se esparce por el piso burbujeando a través de un negro agujero. Lo escupe, ¿por qué lo escupe? Levanta la cabeza y me mira. Me mira a los ojos, me mira. Ni siquiera pienso si me va a matar; no pienso en nada, sólo veo sus ojos negros que me penetran, avanzan por mi garganta hasta mi corazón y lo envenenan para siempre. Vamos ya, carajo, grita uno, yo lo escucho como un murmullo detrás del zumbido en el que mis oídos están envueltos, ya vienen los tombos, vámonos. Para mí el tiempo retoma su velocidad habitual al verlos correr por Mariscal Orbego y perderse en la distancia.

Por varios minutos permanezco ahí, sentado. El zumbido va cediendo y lentamente empiezo a escuchar los sonidos habituales de la calle: motores en acción, gente hablando, claxons, pasos, pájaros. A lo lejos una sirena se abre camino apurada, alterada, gritona. Paso saliva y ésta quema. ¿Coronel? ¿Papá? ¿Papi? ¿Pa? Él yace ahí, simplemente eso, yace.

La pregunta vuelve a mi mente entre el humo y el olor a pólvora: “¿Quieres que les meta un balazo, José?” Sonríe. Sí, papá, por favor, te lo ruego, mételes un balazo antes de que te meten miles a ti.

* * *

Estuvimos algunas horas anclados frente a Naplo. Mamá y la tía Chivi se la pasaron tomando *Bloody Maries*, y para el final de la tarde ya estaban un poco ridículas. Detesto cuando mamá toma, le brillan los ojos y no para de besuquearme y echarme flores: que Javi quedó primero en su clase en el

Markham, que Javi es el capitán de su *house* y de la selección de básquet, que ahora entra a sexto y seguro carga la antorcha en las olimpiadas. Lo peor se viene cuando me empiezan a fregar con Paola. Como si no tuviera suficientes problemas tratando de hablarle yo solo, este par de papagayos empiezan con sus qué lindos son, estos dos se casan de todas maneras y vamos a ser una gran familia, todos juntos. Por suerte, dos horas después de anclar llegó el yate de la Marchand y las dos subieron a conversar con otras señoras y señores que estaban a bordo chupando, tomando sol e inclusive cantando. Creo que era Julio Iglesias el que había tropezado otra vez con la misma piedra y en cuestiones de amor era un acto fatal. Llegué a escuchar algunos desafinados coros del “Ilarié” de Xuxa y de “Fuma el Barco”. Quedamos Fernando, Paola y yo en la lancha. Él cabeceaba frente al timón adormecido por el vaivén de las olas, ella estaba echada en las colchonetas de la proa. Su pequeño bikini rojo retando mi imaginación; el pelo castaño, que siempre se le aclaraba un poco en verano, le caía sobre los tersos hombros. Sus pequeñas tetas, los delicados brazos, el ombligo; con todo me deleitaba. Paola me gustaba desde siempre, pero en el último año empecé a sentir algo mucho más fuerte que un simple agrado. Cuando la veía, el estómago se me revolvió y sudor se mezclaba debajo de mis axilas con los pubertarios vellos. Me despertaba pensando en ella, imaginándola echada junto a mí. Podíamos pasar horas perdidos en nuestros ojos, la mirada larga, lenta, pacífica, nuestras manos entrelazadas, los dedos jugueteos. No me quedaba claro qué pensaba ella de mí. “El hijo tonto de la mejor amiga de mi mamá”, tal vez. Razones no le faltaban por lo lorna que me portaba junto a ella. Le había pedido al Gordo Ramos que me sondeara el terreno con Pía Gastañeta, su mejor amiga de la playa, pero parecía que al huevas del Gordo le gustaba Pía, y él mismo no se atrevía a hablarle, ni siquiera para conseguirme la información. Aunque hace un rato que le tomé la mano para ayudarla a subir a proa, sentí que me miró distinto, hasta me parece que se avergonzó un poco cuando traté de hacerle una caricia imperceptible con el dedo. Tampoco me iba a ir de muelas, pero me moría de ganas de darle un beso bien dado. Un besito nada más, Paolita, un besito y seré el más feliz del mundo.

Doy una mirada al horizonte, por unos instantes me pierdo en la eternidad del mar, en la profundidad de su color y el contraste con el cielo claro y pálido. Las pocas nubes que hay son largas y flacuchentas, se mueven lento mientras se desvanecen poco a poco, evaporándose sin dejar huella de su existencia. Me veo asaltado por imágenes de Paola ya grande, es un sueño que recurrentemente invade mi mente. Está en pijama despertándose en nuestro cuarto. Llevamos dos años de casados y tenemos una hija que se llama Paola, Paolín, le digo, es igualita a su mamá y yo la adoro más que a nada. Ya estoy duchándome para ir al estudio desde donde soluciono importantes casos legales. Ésa es mi vida, la vida perfecta, la vida correcta. Nos fuimos al Caribe de luna de miel, la pasamos espectacular en Turks and Caicos y sus paradisíacas playas. Yo era divertido, relajado y la hacía reír todo el día. Ella tomaba sol, se bañaba en el cristalino mar mientras yo la admiraba totalmente embobado. La boda fue de película. Nos casó el padre Andrews, el que todas las Navidades da misa en el Santa María y es amigo de nuestras mamás. Hubo más de mil invitados y la re-

cepción fue en mi casa del Golf. Bailamos toda la noche y todos se divertieron mucho, pero sin duda lo mejor fue ver a Paola entrando a la iglesia de blanco con un vestido muy hermoso, pero incapaz de hacerle justicia a su rostro perfecto y cuerpo de delirio. Llegó a mi lado, me miró y me clavó esa sonrisa que me afloja los músculos desde la cabeza hasta los pies, que me derrite por dentro con un calor suave, amigable y cariñoso.

-Javier, Javier –grita mamá mientras se bambolea al filo del yate–, pásame mi toalla, hijo, me voy a meter al mar.

Para pasársela debo ir a proa donde está Paola. Fernando se ha despertado con la chillona voz de mamá, seguro ella no se da cuenta, pero con tragos dentro habla más fuerte de lo necesario. Cuando subo a proa no puedo evitar mirar hacia abajo. La barriga de Paola está cubierta por una capa de sudor, es una barriga plana y su ombligo es el centro de aquel universo. El sol la ha pintado de un rosa delicioso, su silueta empieza a delinearse como la de una mujer y sus caderas ya dejan entrever lo madura que pronto será. Sus dedos son pequeños y elegantes, en el anular lleva un anillo de oro que recuerdo le regaló su mamá esta Navidad. No puedo evitar reparar en su entepierna, paso rápidamente por ahí, me avergüenzo y trato de no pensar mucho en cómo será ella ahí abajo, es un misterio que espero desvelar algún día; después de que nos casemos, claro está.

-Javier, me estás tapando el sol –su voz endulza mis ideas.

-Perdón, perdón, le estaba pasando la toalla a mamá. Ya me muevo, no te preocupes. Mamá, mamá –impaciente se voltea, ríe divertida con Federico Pflucker, un diputado que cada vez que puede aparece en televisión denunciando a algún miembro del APRA. Le tiene particular odio al presidente García, y según entiendo, no es un odio falto de razones–. ¡Mamá!

-Pero, ¿qué pasa? Caracho.

-Tu toalla –se la lanzo, pero en su enorme torpeza se le cae al mar.

-¿Y ahora? –pregunta, pero Fernando ha visto la fallida operación y ya se estira para poder recogerla.

-Señora, ¿le paso otra toalla?

-Ay, ya no importa. Se me fueron las ganas de bañarme –sin más, se voltea sorbiendo del vaso y vuelve a conversar con Pflucker. Regreso atrás, no sin antes volver a pintar de cuerpo entero a Paola con la mirada.

Me siento junto a Fernando y doy un resoplido. ¿Qué pasa, joven? ¿Aburrido? Sí, un poco. Si por lo menos hubiera traído los esquís, olvidé bajarlos de la casa de mi tía. Parece que su pregunta fue de mera cortesía, ha vuelto a su siesta y su cabeza va de lado a lado mecida por la marea.

Tenemos que regresar pronto si quiero llegar a ver el clásico, pienso. No me gustaría perderme la vuelta de Chemo Del Solar a la “U”.

* * *

Dos días después enterramos a papá. Heredé la .38 y un terrible dolor. Le habían metido catorce balazos, sólo el último fue letal. Las flores del funeral, que miraban todo desde las esquinas de la capilla, como coloridas plañideras,

llevaban el olor a muerte entre sus pétalos. Siempre recordaré ese olor.

* * *

-¿Y si te cae, qué le dices?

-Ay, Pía, qué cosas se te ocurren.

-No te hagas la loca, no me vas a decir que no te has dado cuenta de cómo te mira. En la mañana hemos estado hablando de eso en el grupete y todas están de acuerdo.

-¿Todas? ¿Cuándo han estado...

-Ahora pues, ahora que te fuiste a Naplo en la lancha con... con... A ver dime, ¿con quién te fuiste en la lancha a Naplo?

-Ya, ya, con Javier, pero con su mamá y la mía también.

-Eso es lo de menos, Pao. Con las chicas creemos que hoy día te cae.

Pía es mi mejor amiga en la playa, es del San Silvestre, no del Villa María como yo, pero en verano somos inseparables. Está como loca con este tema desde hace días, parece que le interesa más que a mí. Su casa está junto a la mía al final de la bahía, muchos dicen que es la zona más bonita de Santa María. Yo pienso lo mismo.

-¿Y qué quieres que te diga? No sé si me va a caer, y tampoco he pensado qué le diría. Javier es lindo y todo eso, pero...

-¿Van a ir hoy a la fiesta, feas? -mi hermano Bruno mete su carota de mocosos tarado por la puerta.

-¡Lárgate, idiota! Le voy a decir a mamá que te metes a mi cuarto sin tocar -se va después de sacarnos la lengua; es tan pesado.

-Paola, Javi es más que lindo -dice Pía-. Eres una gansa, si fuera tú hace rato que le hubiera dado un buen beso y de ahí en adelante como en novela mexicana o película india, ésas sí que son románticas.

-Púchica, Pía, no te pongas toda melosa y cursilera, ¿quieres?

Me termino de peinar mientras Pía me mira por el espejo como si fuera una estrella de cine o algo parecido. Está con tales ganas de contarle a toda la playa que Javier Reátegui está con Paola Braschi que está a punto de empezar a gritarlo. Desde la sala llega una música suave que mi papi ha puesto para relajarse mientras se toma un whisky. Es sábado y acaba de llegar de Lima, supongo que de la fábrica. Me parece que es música clásica, pero no estoy segura, una de esas aburridazas que él escucha, música de viejos.

-¡Ya pues!

-Ya pues, ¿qué?

-Hoy día. Tú, Javier. La fiesta, en la fiesta pues, Pao, es el momento perfecto. En un lento -empieza a bailar en el baño como si fuera la cenicienta, con los ojos cerrados y los brazos abrazando a su invisible príncipe azul-, y después de un par de canciones, él te pide para hablar afuera un rato. Tú te mueres de miedo y el estómago se te pone todo rarísimo. Te da la mano, suavcito nomás, te mira a los ojos y de pronto: Paola, ¿quieres estar conmigo? Te mueres, loca, ¡te mueres del roche! Y tú, sí, Javier, mi amor, mchuoook beso por aquí, mchuuuick beso por allá...

-Pía, Pía –la payasa se está abrazando a sí misma y se besa el antebrazo como lo hace al practicar con la almohada antes de dormir–, te quieres callar, no voy a terminar nunca de vestirme.

Lo pienso un segundo y me doy cuenta de que el entusiasmo de Pía se me ha contagiado en algo. ¿Será así? ¿pasará esto esta noche? ¡Púchica! Y si en verdad quiere estar conmigo, ¿qué hago?

-Te voy a decir algo, Pía, pero me prometes que no se lo cuentas a nadie.

-Ya, ya. Cuenta, cuenta.

-Promete pues, si no, no te cuento.

-Te prometo que no le digo a nadie lo que en este momento me vas a contar –el tono de burla en su voz me hace dudar, pero igual le digo:

-Hoy, Javier...

-Sí, sí. Hoy Javier...

-Hoy Javier, me dijo...

-Qué, mamita, qué te dijo. Me estás matando de la curiosidad.

-Hoy me dijo que me tenía un regalo, uno por mi santo que antes no se había atrevido a darme –se me salió una sonrisa ridícula, abebada.

-¡Ajá, ahí está! Ya ves, un regalo, ¿qué otra muestra quieres? Entonces es hoy, hoy te cae con regalo y todo, qué lindo, ¡qué lindo! –ya empieza a bailotear por el cuarto de nuevo. Hemos entrado a ponernos un poco de perfume, uno bien rico y suave que me compró mi mamá la última vez que estuvimos en Fort Lauderdale–. Tienes que apuntar esto en tu diario, Pao. Hoy es el día en que te enamoras de Javier, hoy te cae y bailan y bailan toda la noche y al final te acompaña a la puerta de la casa y ¡zas! Te zampa un beso, mchuuuuuooooook, así grandazo para que te vayas a dormir toda emocionada. Claro que no podrás dormir, te la pasarás toda la noche pensando en él, en cómo bailaron, cómo te miraba, si las manos le sudaban, si...

-Ya, Pía, ya estoy lista. Vámonos antes de que me pongas todavía más nerviosa de lo que ya me pusiste.

Salimos de mi cuarto, papá se ha quedado dormido en el sillón. La mampara está abierta y desde la terraza entra el sonido de las olas al estrellarse contra la playa, los muelles y el acantilado que flanquea nuestra casa. Ya no hay música así que se respira un aire de calma total. A lo lejos se ven las luces del club Esmeralda, se las ve titilar cambiando de rojas a verdes, luego amarillas y azules. Algunos chicos ya se están juntando en la puerta. Los mayores seguro se fuman unos cigarrillos y hasta se toman unas cervezas a escondidas. Mamá está en casa de los Marchand, después de la lancha se fue con la tía Patty y el político ese Pflucker, dizque a jugar gin. Pobre papá, llega tan cansado que ni siquiera sale. Casi siempre se queda dormido y se despierta bien temprano el domingo a correr un rato, después lee el periódico y juega backgamon con mi tío Mario Ramos, el papá del gordo feo amigo de Javi que se muere por Pía.

-Oye, Pía –digo con tono pícaro–, el Gordo Ramos va a estar en la fiesta.

-¿Y?

-Y si te quiere caer, si quiere estar contigo y bailar pegado para luego

decirte salgamos a conversar un ratito y ¡zas! Te zampa un beso, ¿cómo era? Mchuoook...

-Ay, cállate, Pao, no seas bebe.

..*

No conozco nadie más aficionado al fútbol que el Gordo Ramos. Supongo que en toda clase siempre hay uno, uno al que se le jugó una broma cósmica, uno que es desastroso en lo que más le gusta hacer. En las pichangas del recreo o en las clases de educación física el Gordo era siempre escogido al final y, bajo esas circunstancias, decir "escogido" era mucho decir. Buena gente el Gordo, es mi pata desde kínder, desde un día que cambiamos mis M&M's por sus Crunch, desde un día en que me miró con esos ojazos de perro San Bernardo y supe, instintivamente supongo, que ahí tenía alguien en quien confiar. Daba pena verlo ahí parado después que todos los demás ya se acomodaban detrás del capitán de equipo, listos y ansiosos. Las únicas veces que se salvaba de tal humillación era cuando yo era capitán y lo escogía a la mitad, como para que se sintiera parte del equipo, pero no nos fueran a fastidiar tampoco. Siempre había pesados como Delgado, que le hacía unas tarjetas de árbitro con un pedazo de cartulina pintado de rojo y otro de amarillo, así podía ser lo que ningún niño quiere ser: árbitro. La hacía en la clase de inglés con la profesora Reynolds mientras conjugábamos verbos y leíamos al aburrido de Dickens. Para que te vaciles pues, Gordo, decía, cobrando fouls y penales, hasta puedes expulsar a alguien si se malea. Las primeras veces el Gordo se lo tomaba en serio y ya lo veía correteando atrás de la pelota, de la gente más rápida y más coordinada. Cuando ellos estaban de regreso, él recién llegaba. Trataba de cobrar un foul con su pito que, encima, el burro había comprado tomándosela recontra en serio, recontra fofo, recontra ataque de risa para los burlones. Tú eres la autoridad, Ramos, te vamos a hacer caso, pero igual que sus bamboleantes rollos y fofas piernas, nadie le hacía caso; la pubertad empezaba mal, muy mal para el buen Gordo Ramos. Pero el Gordo no era cojudo, era buenón, que es muy distinto, y después de unos intentos fracasados como árbitro, prefirió volver a ser escogido al final, así al menos pateaba la pelota de vez en cuando y hasta tuvo algunas tardes de relativo éxito en el arco. Sigue tragando esos almuerzos que te manda tu vieja y en un año tapas todo el arco, decía Delgado mientras tomaba agua del bebedero antes de entrar a la clase con el profesor Chambi, un cholo que nos metía un miedo terrible después del recreo y su respectiva media hora de jungla futbolera.

-¿Viste o no viste el gol de Chemo? -muge a través del chicle que devora ansioso.

-Ya te dije que no, Gordo. Estuve en la lancha en Naplo. Llegué sólo para el segundo tiempo -contesto mientras caminamos por el malecón hacia el club Esmeralda y la primera fiesta juvenil del año.

-No sabes lo que te perdiste. Una pepa de antología, como treinta metros, carajo, un fierrazo, así sin chanfle nomás, pura patada.

No estoy muy interesado en escuchar las historias del clásico "U"

Alianza. Con el avanzar de la tarde me he puesto cada vez más nervioso con el tema de Paola. Al regresar de Naplo, apenas y le pude decir chau desde el muelle, así que no pude hacerle acordar que ahora más tarde le iba a dar su regalo. Ni siquiera pude confirmar que ella iba a estar en la fiesta. Camino palpando la cajita que tengo en el bolsillo de mi jean mientras escucho al Gordo mofletudo excitarse cada vez más con el partido y especialmente con el Chemo.

-Maestro de maestros el Chemo, te digo, él es el verdadero poeta de la zurda, no el enano de Cueto.

Hace una hora me duché lento y con calma, imaginando los eventos de la noche. Diseñé toda una estrategia de ataque mientras me lavaba la cabeza, la cara y hasta me pasaba shampoo perfumado por los huevos que ya mostraban una lacia y reciente vellosidad: mis primeros pendejos, pensé con el pecho inflado. La imagen de Paola me había excitado provocando una inesperada erección y, sin darme cuenta de lo que hacía, empecé a acariciarme en la ducha como monito de feria. Ahí estaba bajo el agua tibia, rodeado de vapor, jadeando y doblándome en dos, concentrado, como en examen de álgebra, tratando de descifrar los misterios que se escondían debajo de ese bikini rojo. No paré hasta sentir una extraña sensación de calor abajo, como un calambre inverso, algo nuevo y poderoso. Pronto estaba lavando de mi mano un líquido blancuzco, casi transparente. Sería la famosa agua de coco que había escuchado mencionar al Gordo. Te digo que así se llama, decía, me lo ha contado mi primo Bobby Ramos, tú sabes que él es un capo en cosas de... de sexo, susurró empalagoso. Con un feo sentimiento de culpa me sequé, vestí y luego fui al cuarto de papá para usar un poco de su gomina. Me peiné asegurándome que la raya era perfectamente derecha y que ningún cabello había cruzado la trinchera hacia el otro lado. Terminé con una camisa blanca, un jean negro, que estaba de moda con las costuras amarillas, y mis zapatillas Reebok de pega pega. Antes de guardar la cajita en el bolsillo la abrí. Estaba linda la pulserita, de plata con incrustaciones de oro, de eslabones largos y elegantes. Es muy fina, Javi, dijo mamá. Paolita la merece, van a ser una pareja tan linda. No sé, mamá, no empieces, quién sabe qué pensará Paola. Pero, claro, hijo, están destinados a ser felices juntos, tú hazle caso a tu madre y no te preocupes por nada, vas a ver cómo después de que le des el regalito y que le digas, bien bonito eso sí, que quieres que ella sea tu enamorada, van a estar juntos para siempre. Pero no, mamá, así no se dice ahora, cómo le voy a decir que si quiere ser mi enamorada. Y, entonces, ¿cómo es? Si se puede saber. Se dice, ¿quieres estar conmigo? Ah, bueno, las cosas cambian pues, Javi. Me acuerdo cuando tu papá me dijo para que fuera su novia, ¡novia! ¿Te imaginas? Ni siquiera enamorada, novia. Vi que el pasado se asomaba a su mirada y, antes de que se pusiera toda melcochuda, le dije mamá, por favor, ¿me das la cajita para guardarla de una vez? Ya me tengo que duchar para la fiesta. Juana me planchó la camisa blanca, ¿no?

-Tal vez yo hubiera podido tapar el tiro del Chemo, pero hubiera tenido que usar todas mis habilidades de arquero -El Gordo no se calla así que decido callarlo con un golpe rápido y certero:

-Gordo, Pía va a ir a la fiesta, supongo que la sacarás a bailar.

-...

Tan simple. Pobre Gordo, cómo le cambia la cara al inflársele la papada como un sapo rosado antes de croar. Dudo mucho que Pía le dé bola, ruego que Paola a mí, sí.

..*

Cuando estas cosas pasan, uno no puede evitar llenarse de preguntas, por más chico que sea. Papá decía que ya a los doce uno es más un hombre joven que un niño viejo, pero un hombre después de todo. Quiero ser un hombre por él, por Albertito y por mamá. Quiero que me mire desde el cielo confiando en que seré capaz de llevar las cosas, pero no sé cómo hacerlo. Traté de no llorar en el velorio, pero ese ambiente me estrujaba el corazón y los recuerdos, malditos lo recuerdos, corrían a mi mente, me aceleraban el palpitar y, sin más, las lágrimas aparecían en mis ojos. Miraba a mamá pidiendo consuelo. Ella abrazaba a Albertito y yo también quería un abrazo, zambullirme en su tibio pecho y dejarme llevar hacia momentos más felices, los tres y papá, papá y su sonrisa grande y blancota, papá y yo jugando fútbol. Quería, pero no podía.

Todos me saludaban con lástima. Los militares, los hombres de verde, los valientes sobre los que hablaba papá, los patriotas que defienden su país haciendo los más grandes sacrificios, sacrificando hasta la vida, como tú, papá; ellos me saludaban firmes y solemnes haciéndome sentir importante. Las lágrimas querían explotar y yo quería correr encima de mamá y aplastar a mi hermano. Gritarle, mamá, qué vamos a hacer, nos robaron a papá, los terrucos fueron, yo les vi la cara, vi su cuerpo estallar en bombas negras y rojas; la sangre, mamá, era la sangre de papá. Les vi los ojos y él me miró después de escupirlo. Quería preguntarles a ellos, sus compañeros, General Sánchez-Concha, ¿por qué mataron a mi padre?, ¿por qué le metieron catorce balazos? Él era un hombre bueno, usted lo conocía, usted fue su amigo, ¿no es así? ¿Por qué lo mataron? Él sólo quería lo mejor para su amado Perú, así me lo dijo muchas veces en su despacho de noche, amado Perú, decía, amado Perú. ¿A usted también se lo dijo, General Sánchez-Concha? ¿A usted también le habló de su amado Perú? Estoy seguro que sí, él siempre hablaba de eso y de nosotros, sus hijos, que lo hacíamos muy orgulloso. Los domingos nos decía, después de tomarse un par de cervezas con un teniente o un soldado raso muerto de miedo que venía de Junín o Huancavelica, que la labor era muy importante y el Ejército del Perú era sagrado. Quise preguntarles tantas cosas, pero todas mis dudas se quedaron atoradas entre los sollozos que el deber me obligaba a callar, entre los jirones de mi corazón raído, entre los ojos fríos del General Sánchez-Concha que me enmudecían sin decir palabra.

Mamá llora en su cuarto, acompañada por la tía Peta, mientras yo divago en mis recuerdos. Antes de encerrarse nos reunió a Albertito y a mí en la sala. Nos dijo que nos habíamos portado muy bien en el velorio y el funeral, que las Fuerzas Armadas del Perú estaban muy orgullosas de nosotros y que papito, desde el cielo, también lo estaba. Albertito empezaba a lagrimear y poco a poco a mamá también se le soltaban los mocos y tenía que parar para sonarse con el mismo pañuelo de la mañana, uno blanquito con una flor en una esquina

que, de tan húmedo, ya no secaba nada. Se detenía y rápido nos decía que rezáramos por papito, y que no nos preocupáramos por nada, que el General se iba a encargar de todo. Sólo debíamos preocuparnos de rezarle bastante a Diosito para que cuidara de papito ahora que estaba con él. Ella sabía que era muy difícil para nosotros, pero teníamos que seguir fuertes como papito hubiera querido.

Escuchamos muy atentos, cada uno tomando una de las manos de mamá, y ella arrodillada para poder vernos bien a los ojos, mirarnos de frente y hablar directo a nuestros inocentes y confundidos corazones. Después se levantó y tomó aire lento, un suspiro eterno que no tenía cuando acabar. Una lágrima esquivó el pañuelo y la pude ver caer. Caía lentamente luchando con la gravedad, pero esas cosas no tienen remedio, una lágrima en el aire será, inevitablemente, un charquito en el suelo, una humedad en el piso, el rezago de un dolor que pronto ha de evaporarse como la vida misma. Seguí con la mirada todo su trayecto hasta que explotó en mi zapato, estalló en miles de moléculas de agua y para siempre perdió su consistencia. Nunca más sería el agua que nació en los ojos de mamá para atravesar su mejilla y saltar al vacío, nunca más sería la muestra húmeda de la pérdida de papá; en mi zapato, en la punta de mi zapato, era sólo un poco de agua que se mezcla con el negro betún. Si bien la miré por unos segundos, aún tomado de la mano de mamá, si bien el concentrarme en la futilidad de esa lágrima consiguió alejar mi dolor por unos instantes, sabía que no habría muchas lágrimas capaces de tal milagro. Vendrían muchas más, sin duda, pero aquéllas que aún estaban dentro de mí, no traerían olvido y escape, traerían miseria e incomprensión.

* * *

La primera plana de El Comercio dominical tiene como titular el asesinato terrorista de un militar en Breña. Una foto muestra el cadáver cubierto por papel periódico y a un niño como de mi edad arrodillado a su lado. Su cara es de total confusión, mientras con su mano tira del pantalón del muerto. Debajo se anuncia, con una foto tomada detrás del arco en el gol del Chemo, que la "U" le había ganado a Alianza por dos a uno. Las dos noticias me importan muy poco. Este domingo sólo tengo atención para mi propia felicidad, mi egoísta y unipersonal felicidad. Ya es un hecho consumado, damas y caballeros, digo en la sala del departamento mirando las olas: Paola Braschi está con Javier Reátegui. No hay nadie escuchando, no me importa. De seguro están en el club o habrán salido a dar una vuelta en la lancha. Sólo me acompañan un par de plásticas gaviotas que, colgadas del techo, vuelan impulsadas por el viento sin avanzar ni un sólo metro. Yo sí estoy volando, no he dejado de volar desde la noche de ayer y ese lento de Sinead O'Connor *Nothing compares to you* que bailamos y me permitió acercarme a Paola de verdad, claro que nos separaba la distancia de nuestros brazos estirados al máximo, pero nunca estuve más cerca. La mayoría nos miraba porque sabían que algo me traía entre manos, pero no me importó. Dejé de lado mi timidez, mis miedos y bailé tranquilo, de lado a lado e incluso me atreví a girar. Giraba y giraba, siempre a la izquierda, y nuestros pasos

parecían coreografiados por el amor. Me puse huachafo ayer, bien melcocha. Al mirarla con el pelo húmedo, con su cara perfecta, su mirada pícara y juguetona, en verdad creo que empecé a babear. Me pasé la mano por la boca, sólo para encontrarla seca y pastosa de tanto nervio que me dio acercarme a ella mientras estaba rodeada de sus amigas.

-Gordo, acompáñame a bailar, no seas chivo.

-¿Ahora? ¿El lento? Estás mal de la cabeza –me dijo. Nada lo convenía, ni siquiera esa faldita tremenda que se había puesto Pía y que le hice notar, seguramente demás, ya que al entrar le habría echado el ojo, la boca, la nariz y el rollo; todo le habría echado el Gordo mañoso.

Me armé de valor. Al carajo, me dije por dentro. Después de un jódete, Gordo mofletudo, crucé la pista de baile, desde los tortees y chizitos hasta la mesa de ping-pong, junto a la cual estaba ella y sus cuatro amigas. Una serpentina se me pegó a la zapatilla, de seguro había pisado un *Bubble Gum* escupido por el Gordo. Sin dudar, me detuve nada menos que en medio de la pista de baile, zona neutra, agujero negro en el universo de una fiesta juvenil playera, y limpié mi zapatilla. Como la luz, las miradas eran succionadas hacia este punto. Sabía que todos estaban pendientes de cada uno de mis movimientos, pendientes de un error, un paso mal dado o una mirada de inseguridad. Cualquier cosa hubiera servido como munición para torturarme la mañana siguiente. Nada me interesaba, sólo ella. Las cuatro chicas con las que Paola conversaba perdieron el rostro para mí. Eran puros cuerpos sin cara, fantasmas que asustaban menos que los de la *Haunted House* de Disney. A unos metros, noté que Paola me miró. Rápidamente empezó a conversar de nuevo, pero era claro que me había visto venir y a ella también le mataba la intriga. ¿Se acordaría del regalo? Pronto lo sabría. Llegué hasta ella, primera fase cumplida, no había hecho el ridículo en la travesía y ahora tocaba lo más difícil: hablar. Caminar es fácil, pero hablar es otro terreno, el terreno de la saliva, el tartamudeo y, Dios no quisiera, el gran papelón. Mi presencia las calló a todas y tuve que recorrerlas una por una, como sopesando el auditorio que tendría el privilegio de escuchar las primeras palabras de amor en la vida de Paola y Javier, algo digno de contarle a sus nietos, pensé. Estaba Pía, emocionada como si el tema fuera con ella, me sonreía y luego miraba a Paola, a mí, a Paola, siempre con esa sonrisota en la cara; Adriana y sus pecas eran una invitación al desastre así que no me detuve mucho en ella; Karen y su “incomprendida” belleza podían afearme el plan, pasé a Cynthia cuya diminuta nariz se arqueaba pituca hacia arriba, menospreciándome. Demasiado tiempo pasé allí. Sabía lo que iba a decir, pero no me salieron las palabras como había planeado tantas veces solo de noche en mi cama: Paola, ¿podemos conversar un segundo afuera? En la tarde te dije que quería darte algo y creo que ahora es un buen momento. La hubiera hecho linda así. Qué tipazo, qué caballero, hubieran dicho todas, éste sí es un chico bien, un A1, a éste sí le acepto una declaración de amor, a éste sí le puedo dar un beso sin sentirme mal por lo que piense mi mamá. Pero no, claro que no lo dije así como Alain Delon, a quien no había visto nunca pero mamá decía que nada como ese caballero en fineza y elegancia, lo dije como Augusto Ferrando, casi casi un Trampolín a la Fama con comercial y regreso de yapa: Paola, vao afuera un toque pa darte la

vaina que te había dicho. Qué vergüenza, qué papelón y las amigas a la risa, a la joda, tan rápidas las malditas. La monstrea de Karen se reía enseñándome esos fierrazos que le atravesaban la dentadura de grano a grano, se reía más que el Gordo viendo el Chapulín Colorado tomando su abundante lonche de chancays con mermelada de membrillo y *milkshake* de plátano. ¿Y ahora quién podrá defenderme?, pensé, pero nadie llegó tropezándose contra un sofá como el del corazón de lechuga y escudo de corazón; nadie llegó y yo ahí rojo como chipote chillón esperando la respuesta de Paola, la respuesta de mi vida, de mi amor y nuestro matrimonio e hija. Traté que no me pandiera el cúnico, pero mis movimientos no estaban friamente calculados como los del de antenitas de vinil.

-Qué tal si primero bailamos esta canción –no era pregunta ya que me tomó de la mano. Qué canchera por Dios, me tomó de la mano y me llevó al centro de la pista de baile, al agujero negro que solamente ella podía volver un jardín de flores. Su perfume se estiraba hasta mi nariz para terminar de enamorarme toditito. Llegamos al centro y ante la sorpresa y envidia de todos bailamos *It's been seven hours and sixteen days, since you walked away, ahhh*. Y ahhh hacía yo por dentro, embobadazo *seven years and sixteen hours* mirándole la cara sin perderle pista. La canción se eternizó y terminó en el preciso instante en que se eternizaba un poquito más todavía. Un respiro de brisa marina y:

-Paola, me gustaría que habláramos un segundo afuera... eh... ¿Puede ser? ¿No te molestaría? Quiero darte el regalo del que te hablé en la lancha, pero acá, tú sabes, mucha gente, mucho sapo sapéandose, digo, mucha gente mirando, y yo preferiría si lo hablamos donde nadie sapée, digo mire, así te puedo hablar más tranquilo, ahorita me estoy trabando todito y acá tengo el regalo, en mi bolsillo, mi mamá me dijo que era bien lindo y que tú lo merecías, tú sabes lo mucho que ella te quiere, bueno, si también te conoce desde chiquita, igual que yo...

-Vamos, Javi, hablemos un ratito afuera. No te pongas nervioso.

Y salimos así nomás, así fácil como ella me lo estaba haciendo todo. Caminamos hasta las poltronas donde todo es un poco más oscuro, un poco más romántico creo yo. Me paré un rato mirando las lanchas y los yates que se bamboleaban a la distancia como enormes pelícanos de metal. No la miraba a los ojos, pucha se me quemaba el pan en el horno, pensé asustado.

-Dime, Javi.

Y yo:

-Pues nada, Paola, que... que hace tiempo que... que... te conozco y... y no sé si te habrás dado cuenta, pero como que... que... pues más gustas un montón, no, más que un montón. No sé cómo decirte pues... pues... que me gustaría que –al diablo me dije–, Paola Braschi Antúnez de La Quintana –no pude creer que le metiera el apellido completito y todo, qué tal taradazo–, ¿quieres estar conmigo? –uno, dos, tres segundos, demasiados ya y no había saltado a abrazarme feliz, ni siquiera una estirada de mano formal, quince, dieciséis, diecisiete segundos... Abrió la boca, iba a hablar. Por Dios, que sea sí, rogué, por Dios que sea sí, te juro que no vuelvo a fastidiar al Gordo, por Dios que sea sí.

-Yo creí que me ibas a dar un regalo por mi santo –contestó decepcionado.

nada e hice más ¡plop! que Condorito en Pelotillehue.

-Sí, verdad, jeje, acá lo tengo. Es sólo que me olvidé con todo el roche de caerte y todo, pero acá lo tengo –me agarró la mano, me miró a los ojos y mi mundo explotó en destellos de colores.

Sí, había dicho que sí.

***La Sociedad de los Limeños Muertos* esta disponible en:**

[Amazon](#)

[Barnes & Noble](#)

[Diablo Rosso](#)

Más sobre Manolo Delgado Venegas y su libro:

[SLM Radio](#) (Lima, Peru)

[CNY Latino](#) (Rochester, NY, USA)

Estamos en Facebook: [Paraguas Books](#) y [Manolo Delgado Venegas](#)